

ARTHUR CONAN DOYLE

Tras las huellas del sabueso de los Baskerville

por Santiago R. Santerbás*



WILLIAM, EL SABUESO DE LOS BASKERVILLE, ANAYA, 1989.

*En 1901, con el advenimiento del nuevo siglo, Conan Doyle decidió hacer un regalo a sus lectores: después de haber matado a Holmes, rescató una antigua aventura del detective y la ofreció a su ansioso público en forma de **El sabueso de los Baskerville**, un best seller sin precedentes que presagiaba la cercana y definitiva*

resurrección del rey de los detectives dos años después. La obra, excelente mezcla de novela de terror y relato policiaco, es de nuevo actualidad por que Scotland Yard investiga la muerte de Fletcher Robinson, el amigo que puso a Doyle sobre la pista del sabueso.

Los escalofriantes aullidos del perro más célebre de toda la literatura inglesa comenzaron a oírse en agosto de 1901. Algún patriota ingenuo debió de considerarlos tardías muestras de duelo canino por la desaparición de la reina Victoria, que había fallecido, ya octogenaria, el 22 de enero de aquel mismo año. Pero los aullidos de *El sabueso de los Baskerville* no lamentaban una muerte, sino que, por el contrario, presagiaban una resurrección: la de Sherlock Holmes.

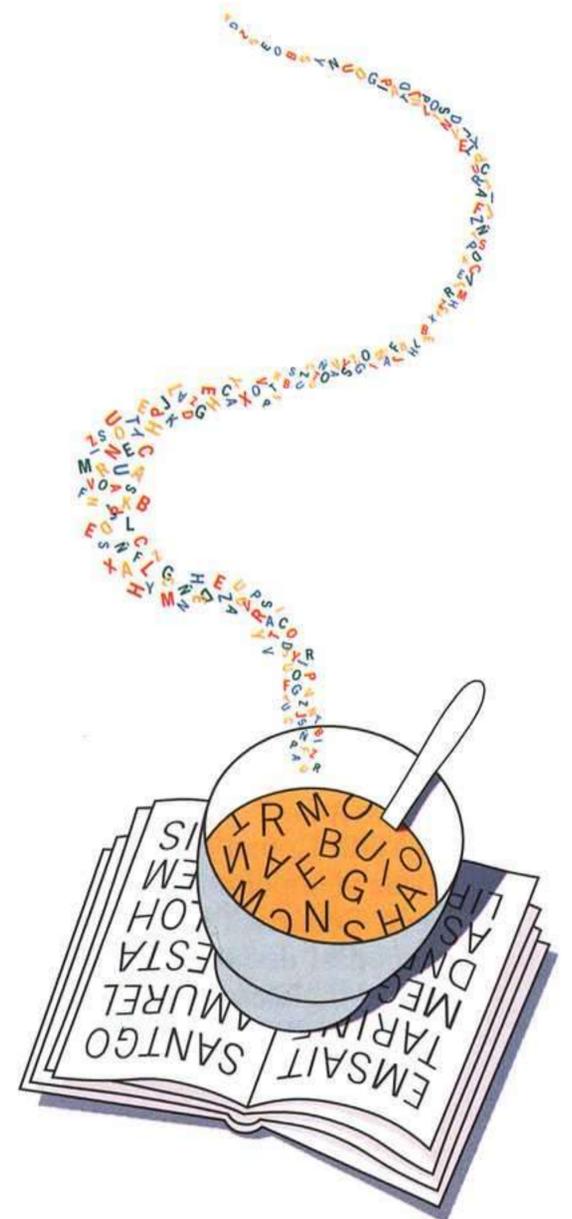
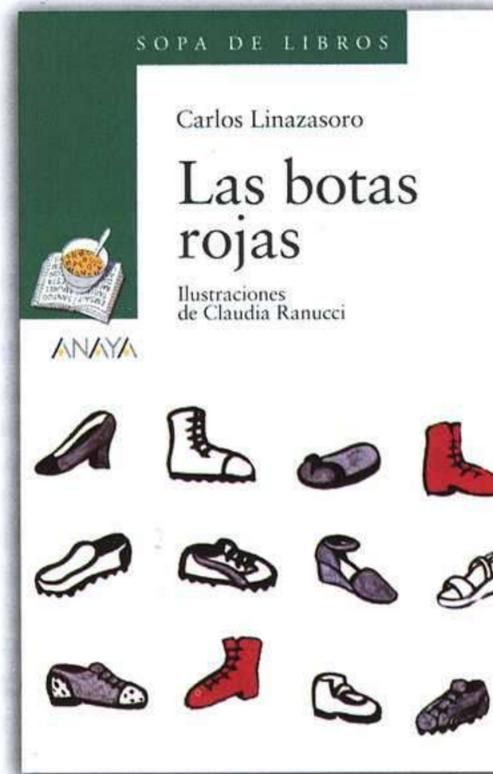
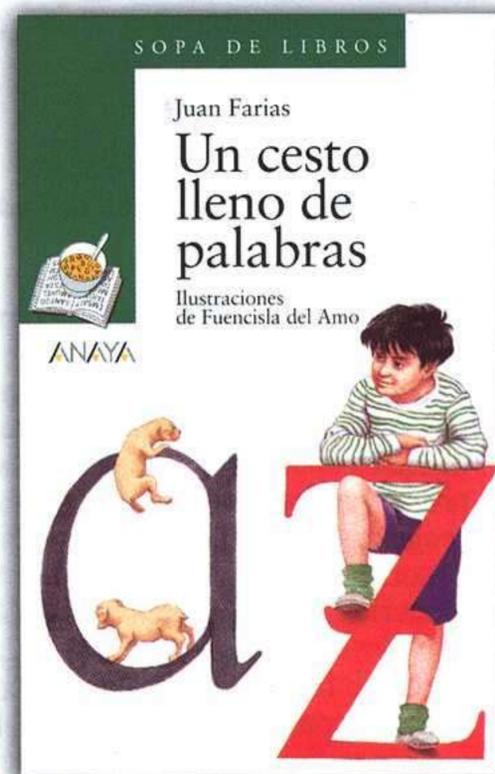
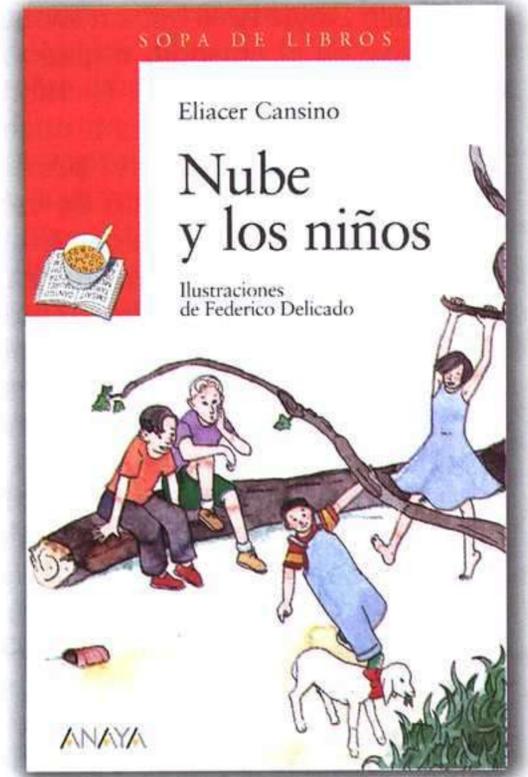
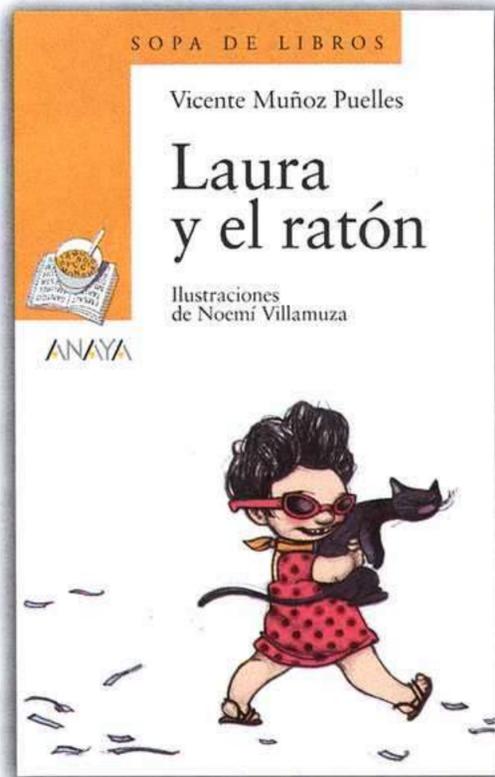
Muerte y resurrección

Como es sabido, Arthur Conan Doyle, el creador del rey de los detectives, había llegado a sentirse tan ensombrecido y obnubilado por su propio personaje que tomó la decisión de acabar con él. La madre del novelista, al enterarse de los propósitos de su hijo, le escribió, indignada: «No debes, no puedes hacerlo; no lo harás». Pero Conan Doyle no cambiaría sus planes. Y en el relato titulado *El problema final* (diciembre de 1893) haría que Sherlock Holmes cayera, abrazado a su más peligroso e improbable enemigo, el profesor James Moriarty, al abismo de las cataratas de Reichenbach, en Suiza.

La muerte de Sherlock Holmes desencadenó las iras y los reproches del público lector. Coaccionado por una avalancha de cartas, apesadumbradas e

SOPA DE LIBROS

Últimas novedades en una colección que abre las ganas de leer



injuriosas —y también, todo hay que decirlo, por la obstinación de su madre y las pingües ofertas de sus editores—, Conan Doyle tuvo que «resucitar» al detective en el episodio titulado *La aventura de la casa vacía* (octubre 1903). Resultaba que Holmes no había caído al abismo junto con el profesor Moriarty: su conocimiento de unas técnicas de lucha japonesa denominada *barritsu*¹ le habían permitido zafarse en última instancia del abrazo mortal. Ésa fue la cuestionable explicación que, por boca de Holmes, dio Conan Doyle a sus lectores, y éstos quedaron más que satisfechos.

Sin embargo, la ausencia «literaria» de Sherlock Holmes no se había mantenido de forma rigurosa a lo largo de los diez años que mediaron entre la publicación de *El problema final* (1893) y la de *La casa vacía* (1903). El detective seguía, claro está, oficialmente muerto, pero aún continuaba vivo su fiel amigo y biógrafo, el doctor John H. Watson. Y Conan Doyle —o, si se prefiere, Watson²— rebuscó en el archivo de su memoria para narrar una aventura acaecida con anterioridad a la presunta muerte de Holmes, *El sabueso de los Baskerville*, que se publicaría por entregas mensuales en la revista *The Strand Magazine* desde agosto de 1901 hasta abril del año siguiente.

Un amigo y una leyenda

En realidad, *El sabueso de los Baskerville* no fue concebida inicialmente como una «aventura de Sherlock Holmes», sino como una «novela de terror». Ahora bien, al tener necesidad de incluir a un personaje capaz de resolver brillantemente los misterios que planeaba la trama narrativa, Conan Doyle decidió utilizar de nuevo a Holmes y a su inseparable Watson. Pero, siguiendo los métodos holmesianos, comencemos por el principio.

Arthur Conan Doyle, que era hombre al que siempre atrajo la aventura, había ido a Sudáfrica como espontáneo corresponsal de la guerra anglo-bóer. Regresó a Inglaterra fatigado y enfermo, en julio de 1900, y publicó un libro, *The War in South Africa: its Cause and Con-*

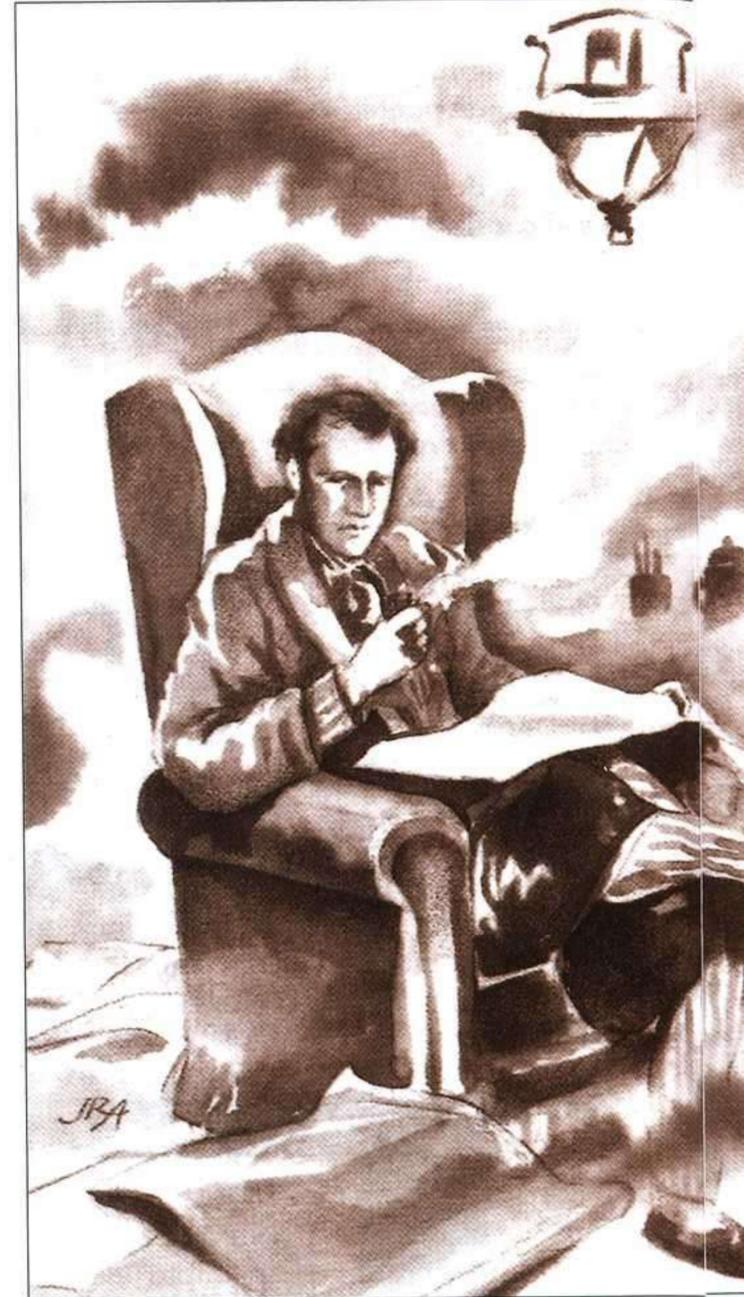
duct, del que se vendieron 300.000 ejemplares en seis semanas.

En marzo de 1901, el cansancio físico y la excitación mental le impulsaron a tomar unas breves vacaciones. Un amigo íntimo, el periodista Fletcher Robinson, le acompañó. Se hospedaron ambos en el Royal Links Hotel, de Cromer, estación termal de la época de la Regencia (finales del siglo XVIII y comienzos del XIX), situada en la costa septentrional de Norfolk. Llevaban el propósito de dedicar la mayor parte del tiempo a jugar al golf, pero el frío y la lluvia los obligaron a pasar largas horas en el interior del hotel, junto a la chimenea, fumando y charlando. Durante una de esas veladas, Robinson contó a Doyle la leyenda de un sabueso fantasmal que rondaba por los páramos de Dartmoor.

En la región de Dartmoor, una áspera y desolada paramera de unas doscientas millas cuadradas, perteneciente al condado de Devon, al sudoeste de Inglaterra, abundan las leyendas y tradiciones fantásticas, algunas de las cuales tienen por protagonistas a perros. Ignoro cuál pudo ser la que Fletcher Robinson hizo conocer a Doyle. Acaso le mencionó la historia de un hidalgo apellidado Cabell, que está enterrado bajo un pórtico en el exterior de la iglesia de Abbot's Way, a tres millas al oeste de Buckfastleigh: el espectro de dicho caballero suele aparecerse en compañía de un enorme sabueso negro. También se aparece un sabueso negro en el castillo normando de Okehampton, enclavado en la zona de norte de Dartmoor. Y la mansión conocida como Hayne Manor, en Stowford, está encantada por el fantasma de un paje que murió asesinado, al que acompaña invariablemente un perro negro. Adviértase, por último, que uno de los lugares más siniestros de la región —hasta el punto de que, según se dice, quienes han osado pernoctar en él han perdido la razón— recibe precisamente el nombre de Great Hound Tor; es decir, Pico del Gran Sabueso³

Fuere cual fuere la leyenda relatada por Robinson, lo cierto es que entusiasmó a Conan Doyle. Y aquella misma tarde los dos amigos forjaron el proyecto de escribir en colaboración una novela basada en el legendario animal.

Recordemos incidentalmente que Co-



nan Doyle nunca había tenido reparos en admitir sugerencias e ideas ajenas. «Puedo escribir historias —declaraba en una carta— si tengo unas buenas ideas iniciales, pero he agotado bastante mi propio repertorio. ¡No se asombre! Me pregunto si sería posible convocar un concurso para premiar la mejor idea de misterio... Probablemente no habría ningún pez digno de ser sacado de la red».⁴ No hace falta decir que el concurso jamás fue convocado.

Al mes siguiente, Conan Doyle y Fletcher Robinson fueron a Dartmoor para conocer los escenarios reales de la leyenda y concretar algunos pormenores del argumento. Desde allí, Doyle escribió al director del *Strand Magazine*: «Tengo la idea de una novela por entre-



JUAN RAMÓN ALONSO, EL GOS DELS BASKERVILLE, VICENS VIVES, 1994.



SIDNEY PAGET, EL SABUESO DE LOS BASKERVILLE, ANAYA, 1989.

gas para *The Strand*. Está llena de sorpresas y, naturalmente, puede dividirse en los capítulos adecuados para tal fin. Hay una sola condición. Debo hacerla en colaboración con mi amigo Fletcher Robinson, y su nombre debe aparecer junto al mío. Puedo responder de que la historia será íntegramente mía y escrita sin adulteración en mi propio estilo, dado que eso les gusta a sus lectores. Pero él me proporcionó la idea central y el color local, y por eso estimo que debe aparecer su nombre».⁵

Pero Conan Doyle no tenía solamente la «idea de una novela». Trabajador infatigable, ya había escrito antes de abandonar Dartmoor una cierta cantidad de páginas. Asustado quizá por el ritmo creativo que habría de implicar la cola-

boración con Doyle, Fletcher Robinson renunció a su participación en la tarea. Dejaba, eso sí, en plena libertad a su amigo para que aprovecharse la idea que le había suministrado. Conan Doyle, que poseía una elevada noción del significado de la amistad —presumo que sin esa noción no hubiera sido capaz de describir la singular y entrañable amistad existente entre Holmes y Watson—, reconocería siempre su deuda para con Fletcher Robinson.

Agradecimientos

Y así, al publicarse por primera vez *El sabueso de los Baskerville* en el *Strand Magazine*, Conan Doyle incluyó la si-

guiente nota: «Esta historia debe su origen a mi amigo Mr. Fletcher Robinson, quien me ha ayudado tanto en lo que respecta a la trama general como en los detalles locales. A.C.D.».

La primera edición en forma de libro (George Newnes, Londres, 1902) contenía esta dedicatoria: «Mi querido Robinson: fue a su narración de una leyenda del West-Country a la que debe su origen este relato. Por eso, y por su ayuda en todos los pormenores, toda mi gratitud. Sinceramente suyo, A. Conan Doyle».

La dedicatoria en la primera edición norteamericana (McClure Phillips, Nueva York, 1902) es casi idéntica a la anterior: «Mi querido Robinson: fue su narración de una leyenda del West-Country la que sugirió a mi mente la idea de este pequeño relato. Por ello y por la ayuda que usted me ha prestado en la realización del libro, toda mi gratitud. Sinceramente suyo, A. Conan Doyle».

Y en el prólogo a la primera edición de *The Compleat Sherlock Holmes* (Collier & Son, Nueva York, 1928), Conan Doyle escribió: «Luego vino *El sabueso de los Baskerville*. Surgió de un comentario hecho por aquel admirable amigo cuya muerte prematura fue una pérdida para el mundo, Fletcher Robinson, de que había un perro espectral cerca de su casa, en Dartmoor. Ese comentario dio origen al libro, pero añadiría que la trama y cada palabra de la narración fueron exclusivamente mías».

Como puede observarse, el papel desempeñado por Fletcher Robinson en la gestación de *El sabueso de los Baskerville* queda, en este párrafo, sensiblemente disminuido.

El verdadero Baskerville

Baskerville es hoy un apellido estrechamente vinculado a la inmortal saga holmesiana. Buena prueba de ello fue que, deseando rendir un críptico homenaje al rey de los detectives y a sus métodos de investigación, el semiólogo Umberto Eco se lo adjudicara al monje protagonista de su novela *Il nome della rosa*. Pero, ¿quiénes eran los Baskerville reales? ¿De dónde sacó Doyle tan sonoro apellido?

No abundan los Baskerville en Ingla-

terra, aunque hubo algunos ilustres. Por ejemplo, Hannibal Baskerville, eminente arqueólogo de origen francés, que vivió en el siglo XVII. Contemporáneo suyo fue Simon Baskerville, que estudió en Oxford y fue médico de cabecera de los reyes James I y Charles I. Pero sin duda, el más famoso de quienes ostentaron ese apellido fue un impresor, John Baskerville (1706-1775), cuyas obras son actualmente consideradas joyas tipográficas y que, dicho sea de paso, creó un tipo de letra que lleva su nombre y que sigue empleándose con gran frecuencia.

Sin embargo, pese a sus aristocráticos blasones, los Baskerville de esta novela tienen un origen mucho más plebeyo e inmediato. El auténtico Henry Baskerville era el cochero del padre de Fletcher Robinson. Y, al parecer, no fue Conan Doyle, sino Robinson, quien le pidió permiso para utilizar su apellido.

El verdadero Baskerville declararía años más tarde que, en contra de la opinión habitual, la historia había sido escrita conjuntamente por Doyle y Robinson. Para llevar a cabo esta tarea, ambos se instalaron en Park Hill (Devonshire), desde donde, conducidos por Henry Baskerville, realizaron diversas excursiones a los páramos de Dartmoor. Una vez finalizada la novela, Conan Doyle abandonó Park Hill, y Robinson anunció a Baskerville: «Bien, Harry, y ya hemos terminado ese libro del que le hablé, el que va a llevar su nombre». El antiguo cochero poseía un ejemplar de la primera edición de la novela con esta dedicatoria: «A Harry Baskerville de B. (Bertie). Fletcher Robinson, con disculpas por haber usado su nombre». Robinson moriría poco después, a los 35 años de edad, en el curso de una expedición arqueológica a Egipto. Y la posible contienda sobre la paternidad de *El sabueso de los Baskerville* quedó definitivamente clausurada.⁶

Todo un best-seller

Obra individual o escrita en colaboración, pero firmada al fin y al cabo por Conan Doyle, *El sabueso de los Baskerville* obtuvo un éxito espectacular, tanto al publicarse por entregas como al edi-

tarse en forma de libro. Durante los años 1901 y 1902 aparecieron en las librerías inglesas títulos que hoy tenemos por clásicos: *El primer hombre en la luna*, de H.G. Wells; *Kim*, de Rudyard Kipling; los *Poemas*, de William Butler Yeats; *Las alas de la paloma*, de Henry James; *Juventud*, de Joseph Conrad; *Las cuatro plumas*, de A.E.W. Mason, y *Poemas del pasado y del presente*, de Thomas Hardy, entre otros. Pero ninguno de ellos pudo eclipsar el triunfo de *El sabueso de los Baskerville*. George Newnes, editor del *Strand Magazine*, comunicó en la reunión anual de accionistas que, gracias a la publicación de la novela de

Doyle, la tirada de la revista se había incrementado en 30.000 ejemplares. Y las primeras ediciones inglesa y norteamericana del libro, ilustradas, como venía siendo habitual, por Sidney Paget —cuyo hermano, Walter, también dibujante, había servido de modelo para la figura de Sherlock Holmes⁷—, se agotaron en pocos días.

Por otra parte, el 9 de agosto de 1902, Arthur Conan Doyle recibió del nuevo monarca, Edward VII, el título de «Sir» y el cargo más o menos honorífico, de Deputy Lieutenant del condado de Surrey; pero advertimos que con estas distinciones el rey no premiaba los méritos



JUAN RAMÓN
ALONSO, EL GOS DELS
BASKERVILLE, VICENS,
VIVES, 1994.

literarios del creador de Sherlock Holmes, sino su patriótica labor como cronista de la guerra anglo-bóer.

Las ediciones de *El sabueso de los Baskerville* pueden contarse por centenares. Y probablemente sea, junto con la *Biblia* y el *Quijote*, una de las obras más traducidas de la literatura universal. Las versiones de *El sabueso de los Baskerville* no se limitan a idiomas de extenso ámbito cultural, como el francés o el castellano; existen, por ejemplo, traducciones a lenguas tan minoritarias o exóticas como el letón (*Baskervilas suns*), el bengalí (*Di hâund ab di Bâskârbhils*), el gujarati (*Kal ke Kutaro*), el frisón (*De houn fan de Baskervilles*), el georgiano (*Sobaka Baskervilej*) o el cingalés (*Baskavilhi ruduru baluva*).⁸

La amplia difusión y la popularidad de *El sabueso de los Baskerville* obedecen, a mi entender, a que Conan Doyle —con o sin la colaboración de Fletcher Robinson— supo amalgamar equilibradamente los elementos característicos de la novela de terror, género en el que era un consumado maestro, y los temas o motivos redundantes de la crónica holmesiana, y ello sin recurrir, como en las otras novelas largas de la serie, al *flash-back* (o narración retrospectiva). El lector se sobrecoge al entrever la presencia del diabólico sabueso, pero, al mismo tiempo, agradece con satisfacción los guiños de complicidad que le brinda el narrador, y se dice, como debieron de decirse los suscriptores del *Strand Magazine* después de haber leído el número de agosto de 1901: «Sí, éste es mi Holmes, y éste es mi Watson. No me los han cambiado. Siguen siendo los mismos».

Escenarios de la novela

De entrada, la escena inicial de la novela se desarrolla en un decorado absolutamente familiar al lector: el cuarto de estar de Holmes y Watson en su alojamiento del número 221 B de Baker Street. El narrador no necesita describirlo de nuevo porque los lectores conocen de sobra todos sus detalles: la chimenea, las butacas, el violín sobre una mesa mancillada por productos químicos, el retrato del general Gordon (propiedad de Watson), la caja de rapé

(obsequio del rey de Bohemia a Holmes), la babucha llena de tabaco, las pipas, las iniciales V.R. (Victoria Regina) grabadas a tiros en la pared, el archivo de casos criminales, la lupa, los bastones, quizá la jeringa hipodérmica olvidada sobre una repisa... Los eruditos holmesianos han pretendido en vano localizar la exacta ubicación del mítico 221 de Baker Street.⁹

Ateniéndonos a la numeración actual, se hallaría teóricamente enclavado en un gran inmueble perteneciente a la empresa Abbey National Building Society, situado entre Marylebone Road y Park Road. En cualquier caso, el 221 B de Baker Street es sin duda alguna la morada imaginaria que ha recibido mayor cantidad de correspondencia en toda la historia postal. Centenares de cartas han llegado, y aún llegan, a esa dirección, solicitando la ayuda de Sherlock Holmes o, simplemente pidiendo información sobre los pormenores de su vida y costumbres. Con una exquisita elegancia y un sentido del humor francamente británico, la Abbey National, en vez de destruir la correspondencia dirigida a Mr. Sherlock Holmes, Consulting-Detective, la ha recogido y ha patrocinado la publicación de las cartas más interesantes.¹⁰

Londres, escenario de una gran parte de las aventuras de Sherlock Holmes, no goza en *El sabueso de los Baskerville* de esa condición privilegiada. Una persecución callejera nos hace recorrer apresuradamente algunas arterias esenciales de la capital británica. Y las conveniencias, o el destino del joven Sir Henry Baskerville nos conducen al segundo decorado londinense de la novela: el Northumberland Hotel. Vale la pena, creo yo, que nos demoremos un poco en ese lugar. El hotel, hoy desaparecido, existió en la realidad: estaba ubicado en Northumberland Street, una estrecha calle que va de Charing Cross a Northumberland Avenue,¹¹ muy cerca de Trafalgar Square. Con el paso del tiempo, la planta baja del hotel se convirtió en *pub*, y el primer piso, en restaurante. En 1957, la propietaria del establecimiento —la prestigiosa firma cervecera Whitbread & Co. Ltd.— lo transformó en una especie de museo holmesiano, y el establecimiento, llamado hasta entonces *The Northumberland Arms*, se convirtió en

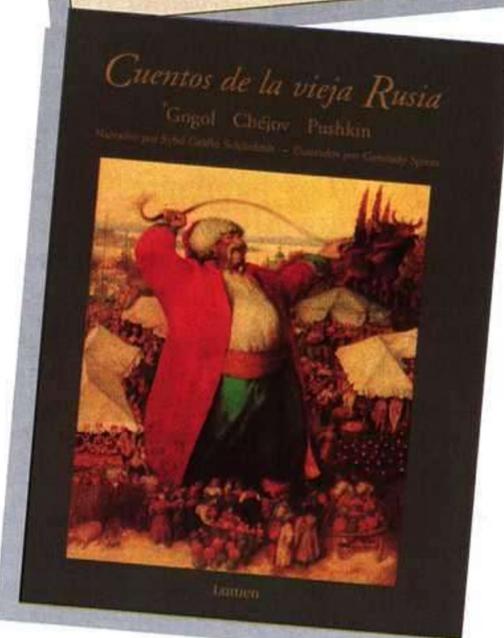
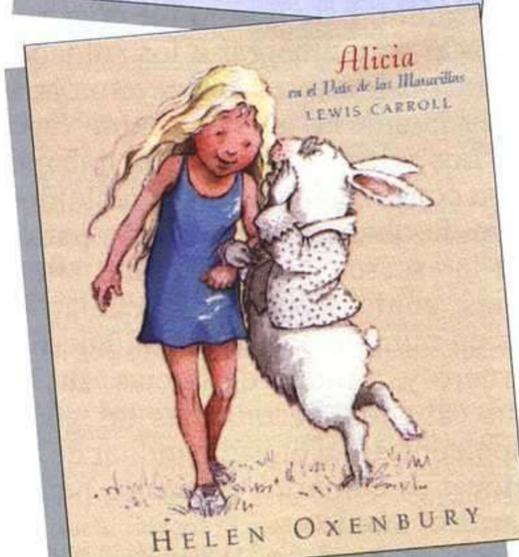
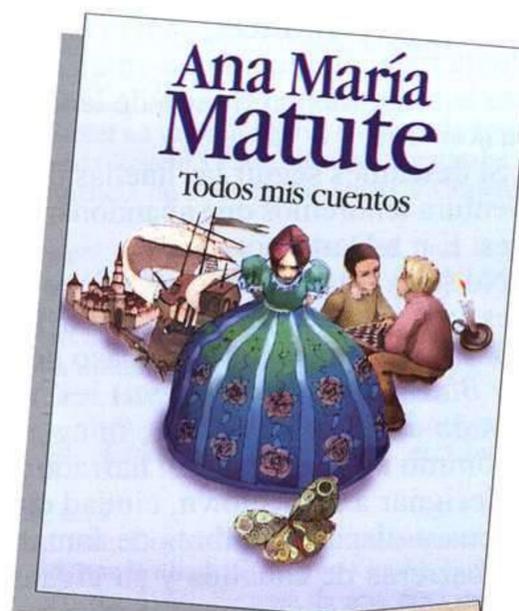
Lumen



Todos mis cuentos
Ana María Matute

Alicia
en el País de las Maravillas
Lewis Carrol

Cuentos de la vieja Rusia
Gogol-Chéjov-Pushkin



el actual *The Sherlock Holmes*. Mucho me temo que estos párrafos puedan oler a guía turística; pero considero ineludible comunicar al devoto holmesiano que en el restaurante del primer piso del mencionado *pub* hallará una exacta reproducción del gabinete del 221 B de Baker Street, y en el bar de la planta baja, el documento en que se relata la tragedia hereditaria de la familia Baskerville.

Si deseamos seguir las huellas de esta aventura tendremos que abandonar Londres. E ir a Dartmoor.

No sería ésta la primera vez que Holmes y Watson se desplazaran a Dartmoor. Varios años antes, el caso de *Silver Blaze* (*Estrella de Plata*) les había llevado a «King's Pyland», imaginario topónimo inventado por el narrador para designar a Princetown, ciudad cuyos únicos y dispares timbres de fama son sus carreras de caballos y su gigantesco presidio. Este último fue construido en 1806 para albergar a los soldados y marineros franceses que cayeron prisioneros durante las guerras contra Napoleón. Los mismos prisioneros trabajaron en su construcción; una vez recluidos, y a fin de obtener algún dinero para suplir la escasez de sus raciones alimentarias, confeccionaban y vendían barcos en miniatura hechos con huesos de carnero y, a modo de jarcias, sus propios cabellos. Terminadas las guerras napoleónicas, el presidio militar de Princetown se convirtió en centro penitenciario. Y aún lo es.

En esta ocasión, Holmes y Watson no visitan Princetown. Sin embargo, ven dificultada su tarea por la ominosa presencia de un convicto escapado del penal: Selden, el hermano de Mrs. Barrymore. «Los habitantes de Dartmoor —asegura Michael Harrison— están acostumbrados a las alarmas producidas por las fugas de presos: el tañido de la campana, al ruido y al eco de las señales hechas con armas de fuego, a los resonantes ladridos de los sabuesos».¹²

Con su proverbial discreción, Doyle (o Watson) altera los nombres de los lugares de Dartmoor, que sirven de escenario a *El sabueso de los Baskerville*. Pese a ello, el citado Michael Harrison no vacila en identificar a

«Grimpen» con Grimspound y, por tanto, a «Grimpen Mire» (Ciénaga de Grimpen), el peligroso lodazal en que purga sus crímenes Stapleton-Vandeleur-Baskerville, con Grimspound Bog (Ciénaga o Pantano de Grimspound): si el narrador sustituye *bog* por *mire*, se debe quizás a que su refinada sensibilidad le impide utilizar un vocablo (*bog*), que en la jerga escolar inglesa es sinónimo de «letrina» o «cagadero». Por otra parte «Merripit» puede ser identificado con Merrivale, donde existe, como en su correlativo de ficción, una cantera de granito.¹³

En cuanto a lo de «Baskerville Hall», el palacio o mansión señorial de la familia amenazada por la maldición del sabueso, William S. Baring-Gould opina que probablemente se trata de Lew House, noble edificio enclavado en Lew Trenchard (Devonshire). Le inducen a sustentar dicho criterio no sólo las armas heráldicas de sus propietarios —ornadas, como las de los ficticios Baskerville, con cabezas de jabalíes—, sino, además, la existencia de una galería de

pinturas que cuenta, entre otras, con las firmas de Kneller y Reynolds.¹⁴

El Holmes de siempre

Indicaba líneas arriba que en *El sabueso de los Baskerville* el lector se topa desde el principio con los clásicos «leitmotives» holmesianos. La novela se inicia con unas elucubraciones de Watson, refutadas por Holmes, en torno al bastón que el doctor Mortimer ha dejado olvidado en el 221 B de Baker Street. Ese confrontamiento vendrá a poner, una vez más, de manifiesto la voluntariosa ingenuidad de Watson y la extraordinaria capacidad deductiva de Holmes. Muchas aventuras holmesianas comienzan de ese modo. Quien haya leído el *Estudio en escarlata*, primera novela de la serie, recordará que, al ser presentados Holmes y Watson por el joven Stanford en el laboratorio de química del St. Bartholomew's Hospital, el detective le dice a su futuro biógrafo: «Ha estado usted en Afganistán, por lo



JUAN RAMÓN ALONSO, EL GOS DELS BASKERVILLE, VICENS VIVES, 1994.

que veo».¹⁵ Y en el capítulo segundo, Holmes explicará razonadamente el proceso lógico que le había llevado a tal conclusión. Esa misma clase de juego, tan familiar al lector, se produce, pues, en el primer capítulo de *El sabueso de los Baskerville*.

Los guiños de complicidad se reiterarán a lo largo de toda la novela. Antes de concluir el primer capítulo se alude a Alphonse Bertillon (1853-1914), el policía francés creador de un sistema de identificación antropométrica de delinquentes, por quien Holmes sentía —así lo había declarado en la aventura titulada *El tratado naval*— una sincera admiración. Aquí, empero, se siente algo molesto al verse comparado en términos de inferioridad con su colega francés.

Un poco más adelante, el salón de Baker Street se saturará de humo. El lector ya sabe que Holmes es un inveterado fumador. En el caso de *Las cinco semillas de naranja*, Watson afirma que el detective «se autoenvenena con cocaína y tabaco». Sabemos también que Holmes ha escrito una monografía *Sobre la distinción entre las cenizas de diversos tabacos*. Por eso no es de extrañar que descubra la identidad de Watson en los páramos de Dartmoor gracias a una colilla de cigarro de la marca «Bradley», expendedoría de tabaco frecuentada por el doctor.

Mediada la novela, Watson se refiere un tanto burlescamente a las ideas geocéntricas del detective. En efecto, a poco de conocerse ambos,¹⁶ Holmes había confesado que desconocía las teorías de Copérnico y que ignoraba que la Tierra girase alrededor del Sol. Sin embargo, la mayoría de los estudiosos holmesianos considera que dicha afirmación es sólo un rasgo de excentricidad. En más de una ocasión, Sherlock Holmes nos da muestras de poseer sólidos conocimientos de astronomía. Así, por ejemplo, en la aventura de *El intérprete griego*, discute con Watson acerca de los cambios en la oblicuidad de la eclíptica; es decir, del gran círculo que el Sol parece describir en su curso anual a través del cielo.

Y, si *El sabueso de los Baskerville* comienza con un motivo recurrente, finaliza con otro: la melomanía de Sherlock Holmes. El singular detective no sólo

admiraba profundamente a algunos célebres violinistas de su época —muy en especial a la austriaca Wilma Norman-Neruda¹⁷ y al español Pablo Sarasate¹⁸—, sino que él mismo era un notable intérprete de violín. Poseía un «Stradivarius», adquirido por la suma irrisoria de 55 cheelines a un prendero de Totenham Court Road.¹⁹ Y además había escrito un ensayo sobre los motetes polifónicos de Orlando de Lasso,²⁰ que circulaba en edición restringida. Conociendo las aficiones musicales de Holmes, no resulta sorprendente que sus últimas frases en *El sabueso de los Baskerville* sean: «Tengo un palco para *Les Huguenots*. ¿Ha oído usted a los De Reszke?²¹ ¿Puedo rogarle que esté preparado dentro de media hora, y así podremos detenernos de paso en Marcini²² para cenar alguna cosilla?».

El lector puede cerrar el libro con la seguridad de que *su* Holmes no ha cambiado. ■

* **Santiago R. Santerbás** es escritor y traductor. Este artículo se publicó como apéndice en *El sabueso de los Baskerville* (Anaya, 1989).

Notas

- 1 En realidad el nombre correcto es *bartitsu*. Se trata de un arte marcial de origen japonés introducido en Gran Bretaña por E. Barton-Wright en 1899. Si tenemos en cuenta que la aventura titulada *El problema final* se desarrollaba, según Conan Doyle, en 1891, difícilmente pudo haber conocido Holmes en esa época las técnicas de *bartitsu* (cf. Jack Tracy, *The Encyclopedia Sherlockiana*, Londres: New English Library, 1977).
2. Muchos eruditos holmesianos prefieren atribuir al doctor John H. Watson la paternidad de las cuatro novelas y los cincuenta y seis relatos breves que contienen las aventuras de Sherlock Holmes y que integran el denominado *Canon*. En tal caso, Arthur Conan Doyle sería un mero agente literario o un simple seudónimo utilizado por Watson para publicar sus obras.
3. Cf. Antony D. Hippisley Cox, *Haunted Britain*, Londres: Pan Books Ltd., 1975.
4. Cf. H. Greenhough Smith, «Some Letters of Conan Doyle», en *The Strand Magazine*, Londres: octubre, 1930.
5. Cf. Michael Hardwick, *The Complete Guide to Sherlock Holmes*, Londres: Weidenfeld & Nicolson, 1986.
6. Cf. Peter Evans, *The Mystery of Baskerville*, en *The Sherlock Holmes Scrapbook*, ed. Por Peter Haining, Londres: Treasure Press, 1986.
7. Parece innecesario advertir que el modelo pictórico del doctor Watson fue el propio Conan Doyle. Esta coincidencia viene a reforzar la tesis de que A.C. Doyle era un simple seudónimo literario empleado por John H. Watson (cf. n. 2)
8. Cf. Ronald Burt De Waal, *The World Bibliography of Sherlock Holmes and Dr. Watson*, Nue-

va York: Bramhall House, 1974. (Existe una edición posterior, ligeramente ampliada.)

9. D. Martin Dakin ha querido identificar el 221 de Baker Street con el actual número 109 de la misma calle (cf. D. M. Dakin, *A Sherlock Holmes Commentary*, Londres: David & Charles, 1972). Bernard Davis, con el actual número 31; el Dr. Gray Chandler Briggs, con el número 111, y Paul McPharlin, con alguna de las casas comprendidas entre los números 59 y 67 (cf. Michael Harrison, *The London of Sherlock Holmes*, Londres: David & Charles, 1972). Téngase en cuenta que, durante la época de actividad profesional de Holmes, Baker Street no se prolongaba, como en la actualidad, hasta Regent's Park, sino que finalizaba en la confluencia de Paddington Street y Crawford Street.

10. *Letters to Sherlock Holmes*, ed. por Roger Lancelyn Green, Harmondsworth (Middlesex), Gran Bretaña: Penguin Books Ltd., 1985.

11. No me atrevo a ratificar la viabilidad de este dato. La última vez que estuve en Londres, hace pocos meses, la zona se hallaba en obras.

12. Cf. Michael Harrison, *In the Footsteps of Sherlock Holmes*, Londres: David & Charles, 1958.

13. Cf. n.12

14. A. Conan Doyle, *The Annotated Sherlock Holmes*, ed. por William S. Baring-Gould, Londres: John Murray, 1968. Se trata de una obra imprescindible para cualquier holmesiano.

15. Textualmente: «You have been in Afganistain. I Perceive». La inmortal frase está grabada en una placa de bronce situada en el laboratorio de patología del St. Bartholomew's Hospital de Londres.

16. En *Estudio en escarlata*, cap. II.

17. Wilma (Wilhelmine) Norman-Neruda (1839-1911), eminente violinista austriaca, casada con el músico sueco Ludwing Norman. A la muerte de su marido, contrajo matrimonio, en 1888, con Sir Charles Hallé, empresario musical inglés, para quien había celebrado regularmente conciertos desde 1864.

18. Pablo Martín Melitón Sarasate y Navascués (1844-1908), famoso violinista y compositor español, acaso el más cotizado de los intérpretes de su época. Escribieron para él los compositores Max Bruch, Eduardo Lala, Alexander Mackenzie y Camille Saint-Saëns. En la aventura titulada *La liga de los pelirrojos*, Holmes interrumpe su investigación para asistir a un concierto de Sarasate.

19. Los datos referentes a la adquisición y al precio del violín de Holmes figuran en la aventura titulada *The Cardboard Box (La caja de cartón)*.

20. Orlando de Lasso (1523-1594), también conocido como Roland Lassus, compositor belga renacentista, es una de las más altas cimas de la historia de la música. Escribió más de 2.000 obras, sagradas y profanas; entre ellas, 516 motetes polifónicos con texto latino.

21. Los hermanos De Reszke eran dos famosos cantantes polacos: Jean (1850-1925) era tenor y Edouard (1855-1917), bajo. Sin embargo, la única vez que, al parecer, ambos cantaron juntos *Les Huguenots*, la famosa ópera de Meyerbeer, fue el 25 de noviembre de 1896, en el Metropolitan de Nueva York.

22. Lamento confesar que no he hallado el menor rastro del restaurante Marcini. Diré en mi descargo que otro tanto les ha ocurrido a los eruditos holmesianos que he consultado a este fin.